COLABORACIONES

Un Ministerio para la Cultura

Antonio Zoido

En el mundo occidental, ha venido constituyendo la educación a nivel oficial, una obsesión preocupante y problema de difícil solución. Los pueblos han concebido la educación y la enseñanza, no tan sólo como sistema de edificación espiritual y moral del hombre y la sociedad, sino ante todo como instrumento adquisitivo de unos contenidos y unas técnicas capaces de ofrecer pertrechos en la lucha consumista de bienes, de poder, y de competitividad existencial.

Pero con esta atención por parte de la máxima responsabilidad pública y de los servicios educativos a sus finalidades inmediatas pragmáticas, se marginó a la vez muchas veces, la parcela más delicada y de próspera categoría a que el espíritu humano tiene derecho: la de la cultura.

Acaba de ser creado, dentro de la incipiente reforma administrativa española, un Ministerio de Cultura —Cultura y Bienestar Social en su denominación exacta— lo que implica que, a semejanza de otras naciones europeas, la cultura va a ser afrontada como misión y cultivo esencial de la sociedad española en pos de su desarrollo y feliz madurez y no tan sólo como lujosas adherencias privativas de élites, minorías o selectas individualidades. El hecho de la creación de tal Ministerio, lo consideramos de capital trascendencia, y vendría a resultar penoso que no encerrara otra significación que la puramente simbólica, de simple animación o de cariz netamente propagandístico. No lo creemos y deseamos esperar mucho de la nueva andadura. La vinculación al organismo de uno de los hombres más inteligentes del nuevo Gobierno —Pío Cabanillas— es razón que nos afirma en la esperanza. Desconocemos los objetivos que el nuevo Ministerio vaya a cubrir, pero que se avizoran no obstante como prometedores. Parece que le concernirán actividades masivas, capaces de remover e inquietar los espíritus, aquellas que rebasan los cauces del academicismo y la regulación didáctica, las que son capaces de sintetizar con la emoción humana —teatro, cine, música, medios de comunicación— con independencia de su mayor o menor virtuosismo derivado de su alquitración técnica. El empleo a fondear de una auténtica misión de cultura sobre el pueblo, puede y debe cimentarse, en algo tan decisivo e importante como es nada menos que una verdadera educación popular, inexistente hasta ahora en nuestros medios.

Puede y debe quizás emprenderse tan noble y extensiva encomienda invocando a la imaginación y a la absoluta libertad de la expresión artística de todo orden, contrarrestando el exceso tecnocrático, encarrilado y rígido que caracteriza a la estricta formación educativa. Una misión de cultura, en suma, mirando al pueblo como esencial destinatario, con amplio y versátil fuego y palenque de actuación, que pueda conseguir más, en orden a su espiritualidad y al patrimonio humano que muchas instituciones cerradas, simples veneros de instrucción. La cultura abierta a todas las gentes y a todos los vientos, es como un alivio

contra el asfixiante tecnocratismo que se empeña en resolverlo todo y que tanto enmarañó y desvirtuó al mundo. Se hace imprescindible que la cultura —sobre todo la cultura popular— proyecte la ilusión y la esperanza de una auténtica vida que vuelva más risueño el panorama, y el afinamiento de la persona en su deteriorado medio físico. Theodore Roszak, escribiría casi proféticamente: «Bajo la tecnocracia, somos ahora la más científica de las sociedades, empero como el personaje K. de Kafka, los hombres de todo el mundo desarrollado, se van convirtiendo en siervos, cada día más aturridos, de inaccesibles castillos, en los cuales unos técnicos inescrutables manipulan su destino.»

Hacer de la explicable reacción de las contra - culturas alienadas en boga, una nueva modalidad de vida, enraizada en los valores y principios que convienen a nuestra sociedad; conseguir la accesibilidad de las gentes en su más amplio sentido y de la masa al disfrute y entendimiento del arte en todas sus manifestaciones; promocionar, divulgar e impartir con prodigalidad estos inapreciables bienes... He aquí algunos de los objetivos de un auténtico cometido nacional, imbuido del criterio primario de la cultura como misión. Para que esto felizmente suceda, es preciso afirmar como indubitable la enorme posibilidad de crecimiento y ansias de ella, que subyacen en el alma popular. Y consecuentemente —lejos de todo distingo o reparo político— habrá que suministrarle y acercarle al pueblo, con accesibilidad, a las fuentes más puras del arte y la creatividad y eludir y olvidar en lo posible el confusiónismo oportunista de prolíferos y degenerativos subgéneros, que como fatales sucedáneos bastarden en la acción del alma cultural en que nos movemos.

Por último, para que la acción del nuevo organismo llegara a cuajar en real misión renovadora, sería preciso mentalizar a dirigentes y responsables sobre la entidad y jerarquía suprema de los valores culturales. La cultura en este sentido, fue hasta ahora en España, en la preocupación —despreocupación, diríamos mejor— de las autoridades de provincias y pueblos, la cenicienta, o la exigua caperucita amanzada constantemente por el lobo de las exigencias y programas materiales de todo orden. La preocupación cultural por las masas que pudo sentir algún hombre investido de jurisdicción o mando, no fue por desgracia sino la singularísima excepción. La democracia transida de ansias de base, tiene que hacer variar forzosamente las cosas. Los impulsos, sugerencias y planes del nuevo Ministerio, sin duda que sabrán acogerlas e interpretarlas. Creemos que la cultura, de objetivo tan amplio, bastaría para justificar sus fines que además se extienden al bienestar social, capítulo este último ya de por sí con sustantivo contenido. De todas formas, la alegría, la elevación de los espíritus mediante la cultura, no dejará de contribuir de abundante manera a perfilar el semblante y feliz rostro del pueblo, inequívoca prueba de su encaje social en el inestimable y hasta ahora escatimado acceso a lo cultural.

NOVELAS SOBRE LA GUERRA

José López Martínez

No sé con certeza el número de novelas que se han publicado sobre la contienda civil española de mil novecientos treinta y seis. Sé que son cientos, quizá pasen del millar los títulos editados. Recuerdo el impacto que produjo la trilogía de José María Gironella, iniciada en los momentos más omnipotentes del pasado régimen. Otro autor que convulsión a los lectores españoles, algún tiempo después, fue Angel María de Lera, cuya obra «Las últimas banderas», fue la primera que nos contó los avatares de la derrota republicana. Posiblemente, el ciclo novelístico de Lera sea el que con mayor desgarro ha abordado el tema. Luego han surgido infinitos de libros de merced, de ensayo, desde los que la mencionada tragedia ha sido estudiada con fortuna varia. Eso sí, siempre con pasión, con calor. Otro tanto ha sucedido con el cine. La cinematografía también es proficua en películas y documentales relacionados con la guerra española. El

teatro y la poesía, menos.

Puede que el más reciente libro que haya aparecido sobre la polémica y apasionada confrontación de las dos Españas que lucharon en el trienio treinta y seis, treinta y nueve, sea el que bajo el título «Dame el fusil, pequeño», de José Fernández - Cordero, acaba de publicarse. El autor es un abogado valenciano, hijo de un vasco - castellano, persona muy vinculada al periodismo y a la radiotelevisión. Y tras la lectura de dicha obra, perteneciente al género novelístico, pero escrita casi en forma de memorias, uno se hace la siguiente pregunta: ¿Es oportuno que en estos momentos, cuando la opinión pública española se encuentra tan sensibilizada ante lo político, seguir publicando libros como éste? El tema de la novela se centra, naturalmente, en la susodicha guerra. Son los recuerdos de un niño de unos ocho años el cual vivió la hecatombe en una ciudad del sureste

español: Murcia. Y relata, desde su mentalidad infantil, todo lo que vio y vivió durante aquel periodo.

Pleno honradamente que sí, que es conveniente publicar y leer libros como éste. Primero, porque puede valer de antídoto, de vacuna, para aquellas personas proclives a la irritación, a los extremismos. En las cuatrocientas y pico de páginas de «Dame el fusil, pequeño», está latente una buena parte de lo que fue aquella horrible contienda, llegándose a la conclusión de que a nada nos condujo a los españoles, sino a una situación caótica, como siempre sucede en estos casos. Recuerda el niño protagonista de la novela: «Mi madre se hacía cruces ante la súbita transmutación de aquel pueblo, tan sólidamente sumo y religioso ayer y hoy tan empeñado en borrar cualquier rastro de su reciente pasado.» Pero inmediatamente, escribe el novelista: «En el plazo de unos pocos meses, habían cambiado de la obediencia dócil al amo, a la rebeldía desen-

frenada; de pasear a los santos por las calles con fanática devoción, a reducirlos a astillas. Un salto brutal e inesperado.»

¿Estalló la sumisión? ¿Explotaron los odios de clase? ¿Qué virus se introdujo en el pueblo llano, en las gentes sencillas? Tremendas preguntas cuya contestación ya ha sido y está siendo proclamada por los historiadores. La novela a la que me estoy refiriendo es de un gran alcance testimonial, propicia para que reflexionemos sobre tan dramático tema; para que los gobernantes, los que tienen el poder, tengan el tacto suficiente de no incurrir en el furor de las intransigencias humanas; para que el pueblo también tome conciencia de cuál debe ser su comportamiento. Y esto vale no sólo para España, sino para cualquier país del mundo. Las conclusiones a que llega el autor de «Dame el fusil, pequeño» encierran un profundo contenido humano de lo que la violencia engendra siempre en el corazón de los pueblos.

ESPAÑA, HOY

José Emilio Estrella Estrella

Vivimos en una nación libre, declinamos lo que pensamos en lugar de pensar lo que declinamos. Son horas de decisiones. A partir de ahora, la suerte del Gobierno está más o menos ligada al éxito de su política en materia económica. El Gobierno será juzgado por la eficacia de su plan de trabajo, el cual, deseamos que sea positivo para frenar el índice del costo de la vida con una alternativa al paro y con medios económicos suficientes para los ciudadanos más necesitados.

El Gobierno sabe que tiene un mandato limitado, y que su opositor tiene un cauce y un término para incorporarse a la responsabilidad del poder. También siente la presión fiscalizadora de la sociedad, a través del parlamento, emanado de la voluntad nacional.

Fiscalizar la gestión pública es cooperar con su eficacia y evitar arbitrariedades en lo que se puede incurrir no por espíritu de prevaricación, sino muchas veces por utopismo, en el que cae con frecuencia el gobernante inconsciente.

Frente al personalismo se ha de favorecer la creatividad política, independiente de servilismos y de intereses minoritarios. La libre competencia de ideas, nacidas para la paz y garantizadas por el orden, es el requisito indispensable para el desarrollo de la auténtica democracia.

No se acepta, hoy, al gobernante sólo por su simpatía o por sus dotes, ni se aplaude sus discursos por el hecho de quien proviene. Debemos pen-

sar que el pueblo adopta un juicio crítico ante la situación política y sus consecuencias y emite el veredicto correspondiente, sea o no favorable. Es una fe razonable que el pueblo sabe lo que quiere y quiere saber de dónde se parte, con qué cuenta realmente y adónde se lo conduce.

Estamos en un proceso de reconciliación nacional y tenemos una monarquía democrática, con una amplia representación de partidos, ejerciendo las libertades y respetando todas las opiniones para vivir el presente y futuro armoniosamente.

La monarquía democrática ocupa el vértice del Estado, asegurando la continuidad del sistema y el cambio o relevo de los gobiernos de la nación. Cualquiera programa de acción política puede originar actitudes hostiles. Estos descontentos se opondrán al Gobierno, pero no tienen necesidad de oponerse al Estado. Porque el pluralismo democrático significa que existen diversas corrientes organizadas de competencia leal por el poder y que este poder descansa en todo el pueblo.

Al Gobierno compete el elaborar la política general de la nación, ejecutándola dentro del marco jurídico que establezca la Constitución, pero hacer las leyes y fiscalizar la política del Gobierno son derechos de las Cortes. Dicho esto, la nueva Constitución debe ser un marco regulador de derechos y libertades. Es decir, una Constitución que sea coherente con el auténtico equilibrio existente entre las diversas corrientes políticas y sociales.

EDITORIAL

Asociacionismo agrario no colectivista

Hay que prestar la atención que se merece a la agricultura y es obligado, por lo tanto, subrayar, como se ha puesto de manifiesto, la omisión de referencias concretas al sector agrario en el planteamiento de programa económico del Gobierno.

Como la devaluación encarece en un 25 por ciento los productos foráneos, crea al mismo tiempo un fortísimo aliciente para reemplazar la producción interna con la compra de productos extranjeros.

Entonces se requiere estimular determinadas producciones agrarias —agrícolas, ganaderas y forestales— para que nuestros agricultores se dediquen a ellas. La realidad es que hoy día, en general, nuestros agricultores pueden lograr prácticamente cualquier meta de producción que indique el Ministerio de Agricultura. Y a veces incluso la sobrepasan, que es lo malo. Ahí está el caso de la remolacha azucarera, sin ir más lejos.

Vendrá bien para ello esa orientación y confianza para el agricultor de que ha hablado el ministro. E igualmente completar la política de precios agrarios con una política de contención de costos, cuya piedra de toque será sin duda los precios de la maquinaria, semillas, fertilizantes, productos fitosanitarios, etcétera. Todos los que intervienen en los costos de los agricultores. Entonces se podrá incrementar la renta de éstos sin tener que acudir permanentemente a políticas intervencionistas en materia de precios. Y podrá acabarse con los desequilibrios en la producción agraria.

Como se busca, por otra parte, la iniciativa y responsabilidad de los agricultores, es obligado que se incentiven todas las formas de asociacionismo agrario, tanto para la adquisición de los medios de producción como en la propia producción, comercialización e industrialización. La realidad es que el propósito no es nuevo, pero sí sería nuevo el que se acometiera con total decisión, ya que hay que demostrar además —para ello el Gobierno es de Centro Democrático, no marxista— que son posibles fórmulas de agricultura asociativa, cooperativas y comunitarias, sin caer en el colectivismo marxista, que hipertrofia la solidaridad justa y conveniente, falseándola y dañando a la también justa libertad y dignidad de los agricultores.

Ahora falta saber cómo se hará el milagro. Y hay veces que los milagros son necesarios.